

M MUJERHOY

MARIBEL VERDÚ PREMIO MUJERHOY TRAYECTORIA Retrato íntimo de la estrella total

- Y ADEMÁS...
- BARONESA CARMEN THYSSEN BORNEMISZA
Premio Compromiso
 - SIRI HUSTVEDT
Premio Inspiración
 - SASSA HANNOVER
Premio Icono de Estilo
 - IRIS TIÓ Y DENNIS GONZÁLEZ
Premio Valores

VENTA CON EL DIARIO, EL SÁBADO PR DE
NOVIEMBRE VENTA INDEPENDIENTE
A PARTIR DEL 28 DE NOVIEMBRE. 3,50 €



TRISTÁN DOMECCQ



EL ARTE DE HABITAR
 A la izq., el interiorista Tristán Domeccq en su vestidor, un diseño de su estudio en madera de roble, con escultura de Laurent Martin, de Alzqueta Gallery. A la dcha., el recibidor, con mesa octogonal italiana de mediados de siglo y jarrón de Gommaire con flores de Inés Urquijo. En la pared, cuadro de Mads Christensen.

Un hogar de autor

De estilo atemporal y rodeada de un magnífico jardín, esta casa a las afueras de Madrid es el lugar en el mundo de uno de los interioristas favoritos de la alta sociedad. Su secreto: un talento natural para mezclar con elegancia.

Por Elena CASTELLÓ Fotografía Belén IMAZ





Dedicarse al interiorismo no entraba en los planes de Tristán Domecq. Después de estudiar Dirección de Empresas, este vigués de 43 años y familia aristocrática —es nieto de Alfonso Domecq González y Silvia Sainz de la Maza Falcó, y bisnieto de María Cristina Falcó y Álvarez de Toledo, condesa de Frigiliana, y Leopoldo Sainz de la Maza y Gutiérrez-Solana, conde de la Maza— trabajó durante cinco años en Inditex. Comenzó como dependiente en una tienda de Zara y, poco a poco, fue escalando hasta convertirse en director de producto. Y, sin embargo, hoy reconoce que lo que aprendió allí le ha servido en su carrera como interiorista. Especialmente en todo lo que tiene que ver con dirigir equipos. Empezó reformando la casa que había comprado para él mismo y consiguió que una revista publicara las fotos. Así empezó una carrera marcada por la naturalidad, la elegancia sin solemnidad y el respeto por el espíritu original de los espacios. Pero esta inclinación por los interiores no fue algo casual: Domecq procede de una larga estirpe de arquitectos y promotores, y su madre era una reconocida decoradora. Por eso,

no es extraño que él se haya convertido en uno de los interioristas españoles preferidos por la alta sociedad.

Su casa del norte de Madrid es, quizá, el mejor ejemplo de esa maestría que ha adquirido creando espacios atemporales y prácticos, refinados, pero hechos para vivir. La encontró a las afueras de la capital, por azar, como suele ocurrir con casi todo lo que luego se convierte en parte esencial de nuestras vidas. Domecq buscaba una propiedad para pasar los fines de semana en el campo, pero como no encontraba lo que quería, cambió de planes y decidió explorar los alrededores de la capital con el objetivo de encontrar una casa que pudiera convertirse en su vivienda habitual, pero con espíritu de fin de semana. Así es como dio con esta construcción de fachada revocada con cal y tejado de pizarra, de estilo herreriano, típica de los años 40 y 50, y propia de la serranía madrileña, en una zona que, en aquella época, era lugar de veraneo, aunque hoy ya es parte de la ciudad.

“Me enamoré en cuanto la vi”, recuerda hoy Domecq. “Me encantó su estructura. Nadie la había tocado en 40 años. Tuve que rehacerla por dentro, pero conservando la arquitectura original”. El interiorista empezó por abrir las ventanas hasta el suelo

ME ENAMORÉ DE LA CASA EN CUANTO LA VI. NADIE LA HABÍA TOCADO EN 40 AÑOS



A la izquierda, vista de la cocina, con jarrones de limones comprados en Sicilia. Sobre estas líneas, mueble *mid-century* italiano adquirido en Parma. Encima, cuadro de Emilio Grau Sala, de la galería Ansorena, y espejo de ébano del siglo XVII encontrado en un anticuario parisino. Debajo, mesa de centro *Mahón* y sofá *Sevilla*, ambos de la colección Tristán Domecq Casa. En la página anterior, vista desde el jardín, diseñado por su estudio, con fuente antigua de piedra francesa.

y por cambiar otras de sitio. La reforma fue tan respetuosa que muchos creyeron que se trataba solo de un cambio superficial, “un lavado de cara”. El segundo paso fue hacer habitable la segunda planta, semi-abandonada, y cuyas ventanas abuhardilladas se conservaron. Domecq se mudó poco antes de que se iniciara el confinamiento, en la primavera de 2020, y comenzó, poco a poco, a dar vida a los interiores, donde se reflejan sus pasiones: el arte, el coleccionismo y, por supuesto, la decoración. Las obras de la reforma se prolongaron durante ocho meses.

El interiorista quería una casa que no fuera fría y se usara en todos sus espacios, donde el jardín fuera protagonista y se pudiera ver desde todas las ventanas. Una casa bella, pero cómoda, con ▶





ES IMPOSIBLE TERMINAR UNA CASA A LA PRIMERA. SIEMPRE HAY NUEVOS VIAJES, PIEZAS DE ARTE, ANTICUARIOS...



movimiento y ritmo, donde manda la mezcla bien hecha y la prioridad es disfrutar con la familia y los amigos. Los materiales utilizados fueron la piedra, para las embocaduras y los suelos del cuarto de baño, y el revoco de cal, el acabado típico de este tipo de construcciones, tanto para la fachada como para las paredes. En los suelos y los armarios se empleó madera de roble. El escenario ha permanecido invariable, neutro y elegante, pero la decoración interior ha ido cambiando en estos cinco años. “Desde que me mudé ha habido muchos viajes, descubrimientos, anticuarios y piezas de arte”, explica el interiorista. Hoy la vivienda es una mezcla de piezas diseñadas en el estudio de Domecq, como la mesa de centro del salón, que lleva con su dueño desde el principio, o piezas *vintage* de mediados de siglo, obras de arte contemporáneo, antigüedades y piezas de diseñador como algunas sillas y lámparas del arquitecto suizo Pierre Jeanneret.

La mezcla de elementos contemporáneos y piezas con historia alumbra una atmósfera acogedora y fresca, de una elegancia ligera, nada recargada, que invita a refugiarse en invierno frente a las chimeneas —todas originales— y a disfrutar del gran jardín y su piscina en verano. El arma de Domecq, además de un buen ojo, es el tiempo. “Es imposible terminar una casa a la primera, lo bonito es ir completándola poco a poco. Además, es esencial respetar la filosofía original, que la intervención casi no se note, que nuestra mano sea lo más discreta posible. Ese es el objetivo, y eso manda en cada espacio”, explica. Así nacen sus interiores alejados del estatismo o la artificiosidad, donde la luz —siempre indirecta— es esencial y los objetos son parte de una historia.

Arriba a la izq., biblioteca de roble tintado, del mismo tono que el resto de la casa, con sofá blanco de Mario Bellini, cojín de Loewe y taburete de Heaps and Woods. Sobre estas líneas, comedor con sillas de Mario Marengo, de Tristán Domecq Casa. La mesa es el modelo *Bilbao* de la colección del interiorista y el aparador es italiano de mediados del siglo XX, adquirido en un anticuario de Aviñón.

El jardín era, por supuesto, una parte esencial del proyecto. “Investigamos y compramos muchos libros”, rememora. “Queríamos que tuviera un mantenimiento fácil, que no requiriera mucha agua para el clima de Madrid y que fuera muy colorido y cambiara con las estaciones. Nunca está todo en flor al mismo tiempo, siempre hay alguna sorpresa por descubrir”. Es ahí donde se esconde uno de los tesoros de la casa, un invernadero de estilo victoriano que se construyó después de la tormenta Filomena. “El jardín quedó tan arrasado que necesitaba consolarme con algo”, dice Domecq. En él cultiva plantas tropicales, que pueden pasar el invierno a resguardo y florecer en toda su intensidad en los veranos. También alberga una fuente junto a la cual descansar y contemplar la casa. Sin duda un paraíso privado, pero sin excesos ni engolamientos. Un lugar donde, sencillamente, ser feliz. ●